

Eduardo E. Rama *

Nunca me hubiese imaginado que al descender del camión que nos llevaba a la Escuela de Agronomía a disputar algunos partidos de fútbol me hubiera enamorado tanto de ese centro docente que –algunos años después– el azar dispuso me incorporara como administrativo, transcurriendo, desde mi ingreso a mi jubilación, 45 años, y haber cambiado mi camiseta de fútbol del equipo de gurises llamado Ripley de la Plaza de Deportes, por la camiseta de la EEMAC.

Por el año 1963 no había ningún medio de transporte colectivo para la Escuela de Agronomía que me permitiera inscribirme personalmente como aspirante para el concurso de administrativo, y por sugerencia de mi madre, pedí al Ing. Eckener Buonomo, vecino de mi casa paterna, llevara mi aspiración y toda la documentación exigida.

Para ese entonces se estaba por producir un cambio muy trascendente: la “Escuela de Agronomía” daba paso al aula gigante de 1100 ha del 4to. Año de la carrera de Ingeniero Agrónomo, orientación Agrícola-Ganadera.

Ahí pues, concursamos y casi de inmediato pasamos a integrar, Aurora Radaelli de Ravera, A. Turrión y yo, el cuadro de administrativos de la incipiente carrera local de agrónomo, que comenzaba a desplegarse por la notable visión del Dr. Mario A. Cassinoni, con la complicidad del Ing. Agr. Alvaro Díaz Maynard y otros compañeros de la AEA, para propulsar por primera vez, la instalación de un centro de estudios universitarios en el interior del Uruguay.

No llegué a conocer personalmente al Dr. Cassinoni, pero con el paso de los años puedo afirmar que fue un verdadero arquitecto de su obra en Paysandú, pues su percepción, agudeza y atisbo de lo que estaba sembrando le permitió ver las cosas en su conjunto antes de que estuvieran hechas, y esto nos daría la ocasión para que, en-



Figura 1. Eduardo Rama trabajando en el mimeógrafo de Publicaciones.

tre muchos, pudiéramos officiar de peones albañiles de lo que fue a continuación, fue y es hoy, la EEMAC. Claro que para que esa proyección cassinonista se cumpliera tuvo que sortearse muchas, tremendas y dolorosas tempestades dictatoriales, falta de presupuesto universitario, denegados sistemáticamente a lo largo de los años por los gobiernos de turno, pues la Universidad de la República no merecía ser apoyada por ser de “izquierda”.

Por esto hicimos innumerables manifestaciones por el centro de Paysandú: ordeño de vacas en la plaza Constitución, arreo de ovejas por la calle principal, balanzas, diversa maquinaria agrícola, funcionarios, docentes de la Facultad y algunos profesionales sanduceros, en procura de obtener mediante las protestas, fondos para solventar el desarrollo de la Universidad toda y principalmente la Estación Experimental de Paysandú. Diría que por ese lado todo fue en vano. Solo la lucha de los visionarios y comprometidos de la época, hizo posible materializar lo que es nuestra Institución que magistralmente lleva el nombre de su precursor.

Permítaseme, pues, recordar algunos nombres que desde el comienzo quedaron incorporados

* Funcionario de la EEMAC (1964 - 2008) e integrante del equipo editorial de la revista Cangüé

¡El Negro Pereira y el Pardo Fernández!

Qué siembra realizaron en, –sumados los años de trabajo en la EEMAC-, una centena de años (¡pavadita, no?!)... Qué personajes (compañeros), qué honor haber compartido con ellos tantas jornadas...! Qué recuerdo llevaré por siempre de estos dos compañeros (amigos)...

Y cada uno con su costado de humor desopilante, primitivo, original, único.

Uno: Cierta día, ya había anclado un técnico inglés de Lechería (Mr. Colin Line), en la EEMAC, que hablaba un inglés inglés y a todo trapo (con que se había ganado –como El Malevo- su apelativo propio, que no corresponde mencionarlo). Poca gente podía seguirle el vuelo en conversación, (recuerdo que uno de ellos era nuestro compañero Agustín César Lombardini Canessa). Se encontraba en plena Administración dialogando, el inglés, y entre ese grupo estaba –como no podía ser de otra manera por la ubicación de la conversación-, nuestro querido Negro Pereira (José Máximo Pereira Acosta), y a otros que estábamos fuera de la oficina nos extrañó ver salir al Negro, rapidito y decidido, y explicar su comportamiento de esta manera: -No me gusta escuchar conversación ajena. Fue desopilante. Pude guardarlo para mi mejor recuerdo. Aunque a mí también me tocó bailar con la más fea: Era la época de la dictadura, nos hacían trabajar como 10 horas diarias. Salíamos a las 5 y media de la tarde. Un día, a la salida, solicité “conducción” para la ciudad y alguien, que me la ofreció, me dijo subiera a la caja pues la cabina estaba completa. ¿Y quién estaba ya ubicado, sentadito, pronto para partir y muy humildemente... Mr. Colin Line!!!. Juro que ese viaje lo conversamos durante todo el trayecto, cada uno en su idioma (of course), y si bien ninguno de los dos supo qué tema estábamos abordando, el viaje transcurrió en plena armonía y respeto. ¡Cómo olvidar esa tarde!

Dos: Por esos días había un movimiento gremial de ajustar las tareas de cada uno a la correcta designación del cargo respectivo. El Director Ing. Álvaro Díaz Maynard nos propuso detalláramos nuestras tareas para solicitar “arriba” la adecuación de nuestros cargos. El Negro Pereira, ni lerdo ni perezoso, inmediatamente confeccionó su lista de tareas. Y como ya he dicho en otro lugar, entre



José “El Negro” Pereira siendo entrevistado para el video de la EEMAC (1994)

varias tareas cumplidas notablemente, era “Campanero” y telefonista y otras yerbas más. Así le fue: los estudiantes le jugaban malas pasadas (aunque debo de afirmar, con todo respeto). Un día, entre cientos y cientos, sale, raudo, a empuñar la cadena de la campana y hacerla redoblar con toda su fuerza como lo hacía habitualmente ¡para cumplir con su deber!, pero ese día le esperaba una sorpresa: Le habían forrado con cámara de camión la bola de la campana y el pobre Negro redoblaba sus esfuerzos... y dale a la cadena... todo en vano. Lo peor es que nosotros estábamos en la “joda” y disfrutábamos cada golpe del compañero... “pero con todo respeto!” Otro día fue *mucho más pior*: Sale, a toda prisa, como siempre, en busca de su querida campana que colgaba en una rama de un pitanguero a fin de darle el sonido que todos esperábamos: en clave de campana era la hora de *rumbear para las casas*. Pero pobre Pereira: ese día la campana brillaba... no de lustrada, sino que brillaba por su ausencia!!! Se la habían robado!!! Se ofendió muchísimo, pues en su fuero íntimo era como militar (sin fusil), lo que correspondía hacer se hacía.

Tres: Una, solo una, del Pardo “Chofer” Ricardo Fernández Corletti. Para ese entonces había “un compañero” que estaba apropiándose de lo que no era suyo, la nafta, por ejemplo. No pasaba desapercibido de la Dirección y del resto del personal las andanzas de aquél, y un día



Ricardo "Pardo" Fernández y Eduardo Rama en frente a la Administración (1994)

lo esperaron en el Tambo Carlitos Collazo y el Flaco Reyes. Viéndose descubierto huyó de regreso a la ciudad dejando damajuanas y embudos como prueba de su ilícito. Inmediatamente nos convocó el Director A. Díaz a una reunión conjunta de funcionarios y docentes para resolver qué debía hacerse a continuación. En uso de la palabra, el Director propuso no denunciar el hecho a la policía, (por ese entonces se estaba gestando el golpe de Estado y la intervención de la Universidad que no demoraría en llevarse a cabo). En plena tarea llama el involucrado y solicita renunciar a la Universidad. Mientras alguien redactaba la misma, el Director pidió al Pardo Fernández y a mí, como funcionario de la Secretaría, lleváramos la

renuncia a la casa del desgraciado (tengo mis fundadas razones para expresarme así), pero con la condición -nos dijo- de que a la menor posibilidad de violencia por parte de él, nos volviéramos sin más a la Estación. Como el infractor "gozaba" de fama de violento y de usar armas de todo tipo, nos volvió a recomendar, significando que huir no sería tomado como cobardía sino medida más que prudente para nuestros físicos. Estaba -como todos- realmente preocupado. Al fin partimos rumbo a la "city". Cuando íbamos exactamente frente a la Parroquia y Plaza Constitución, el Pardo vio a un particular que por la vereda remontaba "18" y el compañero chofer no tuvo mejor proposición de decirme: - Cheeeee Rama, ese que va ahí, es conocido mío, es policía. ¡Qué tal si lo invitamos a que nos acompañe! - ¡Pero vos estás loco, Pardo. Se nos recomendó que no hiciéramos participar a la policía! Y seguimos los dos muertos de miedo. Llegados a la casa, nos esperaba en la vereda, con un arma en el cinturón. Pensé: - De ésta no salimos. Por suerte a los minutos se puso a llorar (no sólo perdía el trabajo -era jefe- sino que se desprendían consecuencias mucho más terribles... ..que no es el caso. Ahí fue cuando el Pardo, ya más tranquilo, sintiendo que la situación estaba dominada (por las circunstancias) se animó a alentarlo como sicólogo avezado, diciendo: - No te preocupes (y aquí lo nombró con el apodo), de tu robo se podrán enterar solamente hasta La Lata y nadie más! Me quería morir.

definitivamente a mi espíritu: tribunal concurso de ingreso carrera administrativa, año 1963, Jaime Rovira, Milton Carámbula y José Alberto Asplanato. Decano de la Facultad Carlos A. Fynn, primeros encargados de la Estación de Paysandú Diodemes Claro García, Jaime Rovira, Evaristo Lazo, Ecónomo Florencio Zabaleta, su brazo derecho Washington Luis Poncet, posteriormente Jefe Sección Administración, capo en el volante de los vehículos Ricardo "Pardo" Fernández, más de 50 años en esa tarea sin haberle acaecido ningún accidente con tanta responsabilidad en vidas humanas (algún camino de esos alrededores debería llevar su nombre y sería justicia), José "El Negro" Pereira, peón de campo que pasara a

colaborar eficazmente en la administración y oficiara por más de 50 años como campanero-telefonista-administrativo, Antonio Quintana, Julio Quintana, Luis Tamañana Pérez y otros que die-ran de comer a 50 generaciones de estudiantes, funcionarios y docentes, desayuno, almuerzo y cena. Elcías García, capataz rural, José Clementino Fagúndez, que bajo su égida se desarrollara el taller mecánico, Alcides González que a continuación "agarra" la posta y acumula hoy unos 50 años de entrega a la Estación, compañeros carpinteros, trabajadores del campo, acompañados por heladas y soles abrazadores, potrero gigante para traer las vacas a la rutina tampera sin linterna, y ordeñe a mano a un centenar o más de



Figura 2. Ricardo "Pardo" Fernández y el camión en que llevaba la leche a Paysandú.

lecheras, todos los días del año y cumplir con la tarea asignada.

La Estación se hizo desde lo poco –y desde el arquitecto- ladrillo a ladrillo, mostrando con orgullo su denominación en letras de bronce, sobre la ruta, como recordando a los que pasan que ahí nació la Universidad en el Interior, y ahí está hoy remozada, dinámica, proyectándose con nuevas realidades científicas y como queriendo exclamar a todos los lugares que la Idea sigue... ..

En lo personal, la Cassinoni me dio la chance

de poder interpretar sustancialmente que la Universidad en Paysandú –como toda Universidad- no sólo forma técnicos en la materia sino que, si bien tiene disciplinas con sus problemas intrínsecos, su función fundamental es poner esas multidisciplinas para el progreso de su entorno y sobre todo para la solución de los problemas del mundo. Logrado esto... podremos decir:

¡Vive la Universidad de la República. Vive la Universidad en el Interior. Vive la de Paysandú. La del Dr. Mario A. Cassinoni! Larga vida.

